

Homilía de XXIV Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2012 - 2013 - (Ciclo C)

“Ese acoge a los pecadores y come con ellos”

Introducción

Las lecturas de hoy nos hacen caer una vez más en la tendencia que tenemos las personas a tropezar, a errar haciendo las cosas mal, dañando a los demás y en contra de la Creación. Sin embargo los cristianos/as encontramos y experimentamos una gran esperanza: la infinita Gracia que Dios padre/madre misericordioso, derrocha sobre nosotros/as. Así es como nos lo presentarán hoy en los distintos libros de la Biblia: arrepentidos, encontramos su compasión y nos acoge de nuevo en su seno.



Comunidad El Levantazo

Valencia

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Exodo 32, 7-11. 13-14

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés: «Anda, baja de la montaña, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: “Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto”. Y el Señor añadió a Moisés: «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo». Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios: «¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto, con gran poder y mano robusta? Acuérdate de tus siervos, Abrahán, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo: “Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre”». Entonces se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Salmo

Salmo 50, 3-4. 12-13. 17 y 19 R/. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. R/. Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. R/. Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza. Mi sacrificio agradable a Dios es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú, oh, Dios, tú no lo desprecias. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 1, 12-17

Querido hermano: Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía, pues estaba lejos de la fe; sin embargo, la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero; pero por esto precisamente se compadeció de mí: para que yo fuese el primero en el que Cristo Jesús mostrase toda su paciencia y para que me convirtiera en un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna. Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 15, 1-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. O ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice: “Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”. Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta». También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les

repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros». Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. El padre le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Pautas para la homilía

El Señor se fía y se confía de nosotros

En la segunda lectura San Pablo, con harta pasión, nos transmite su experiencia de conversión. Una experiencia de conversión profunda que le lleva a pasar de perseguidor de cristianos a cristiano perseguido. El Señor puso su confianza en él y él aceptó llevar a cabo el ministerio del apostolado. Llama la atención que la experiencia de Dios de Pablo es una experiencia de Jesús resucitado, alguien a quien él no ha conocido en vida pero a quien sí ha experimentado y de quien ha recibido la redención. Una experiencia de redención tal que le hace llevar una vida de entrega. Es esta lectura una invitación a cada uno de nosotros mismos a cerrar los ojos y recordar el momento de nuestra vida, quizás más de uno, en el que hemos sentido esa experiencia extrema de Dios, el momento o momentos en los que recordamos haber sentido con fuerza esa confianza de Dios en nosotros y nuestra respuesta de mutua confianza y compromiso en la construcción del Reino.

¿Cuáles son nuestros becerros de oro?

No hace falta que expliquemos aquí qué es el pecado. Cada uno de nosotros tenemos la experiencia personal, quizás demasiado frecuente, de vernos impulsados a cometer el mal, incluso en contra, muchas veces, de nuestra voluntad más profunda, como se lamenta San Pablo en alguna ocasión. En la lectura del Éxodo se nos muestra un pueblo enfervorizado que ha sustituido a su Dios por un objeto de metal. Hoy tenemos que preguntarnos nosotros cuántos becerros nos separan cada día de honrar, enaltecer, hacer grande con nuestros actos, a nuestro Dios, y a quién rendimos pleitesía en su lugar. Si estamos poniendo por delante nuestras cosas, objetos, rutinas, proyectos materiales, antes que las personas o el propio sentido que las crearon o por las que surgieron o están ahí.

Puede ser ésta una pregunta para hacernos de forma individual, en lo que atañe a nuestra relación personal con Dios, pero también una pregunta que nos hagamos de forma comunitaria en lo que respecta a determinados enfoques u orientaciones que puedan estar alejándonos de una verdadera espiritualidad cristiana.

Siendo humildes para reconocer y reparar el error cometido, y misericordes con el hermano que vuelve a la casa del Padre, construimos el Reino

En el Evangelio de hoy Jesús nos muestra con imágenes cotidianas el empeño que Dios pone en cada uno de nosotros. Nos lo presenta como un pastor preocupado por todas y cada una de sus ovejas, como una mujer empeñada en conservar hasta la última moneda de su patrimonio, o como un padre amoroso que se goza en la vuelta a casa del hijo que se había marchado renunciando a su familia. Porque, y esto es lo que quiere significar, todos y cada uno de nosotros, sus hijos e hijas, somos importantes, valiosos y amados para el Señor.

Démonos cuenta de que Jesús comienza estas parábolas porque está siendo cuestionado en su actitud frente a los pecadores: “Ese acoge a los pecadores y come con ellos”. Critican que Jesús se sale del orden establecido en la sociedad judía de la época porque trata de tú a tú con recaudadores de impuestos, con prostitutas, con enfermos a los que se creían así a causa del pecado, o con los que su propio origen o profesión les hacía indignos de relación con ellos e incluso sin posibilidad de salvación divina, los no pertenecientes al pueblo judío: samaritanos, romanos,... A todos ellos Jesús, con la parábola del hijo pródigo, les hace saber que también son amados por Dios. Que la Gracia de Dios y el amor del padre/madre es tan grande, y su misericordia tal, que no tiene en cuenta cuán imperfectos seamos, o cuán importantes hayan sido nuestros pecados a los ojos de las personas, pues somos dignos de implorar su perdón. Ser humildes para reconocer nuestros errores y volver a su casa, que siempre nos está esperando y nos va a acoger. ¡Qué gran experiencia la de saberse perdonado! Pero hace falta mucha humildad para postrarse primero ante Él y reconocerse pecador. No sucede así con el hermano mayor. Nos encontramos frente a quien se siente perfecto ante Dios. Cumplidor de todas las normas, obediente de los preceptos pero que, incapaz de llevarlos a cabo con amor, no puede sentir compasión por el sufrimiento de su hermano que regresa. Es incapaz, por tanto, de mostrar misericordia. La respuesta del padre a su reclamo, “Hijo, tu siempre estás conmigo”, le da la clave: está haciendo lo que se espera de él, pero sin “vivir con el padre” sin sentir de verdad la salvación, sin sentir el Reino, sin sentir al padre. Quizás encontremos aquí un paralelismo con la común actitud de cifrar la buena conducta con el cumplimiento de ciertas prácticas religiosas, como la comunión o confesión frecuentes, la misa dominical, y evitar después el encuentro sincero y dialogante con hermanos nuestros que viven situaciones sociales de marginación, defienden posicionamientos ideológicos y políticos discordantes, o que afrontan orientaciones sexuales divergentes, entre otros, añadiendo el alejamiento y la hostilidad de nuestras comunidades a los de la propia sociedad.

No tiene cabida, a la luz de esta parábola, el rencor ni el resentimiento en la comunidad cristiana. Sólo la alegría y el festejo cada vez que uno de nosotros busca reconciliarse, congeniarse, con el Señor. No habrá reconciliación verdadera sin esa aproximación primera, sin la actitud de reparación del daño, en donde se incluye el acercamiento y la reconciliación con el resto de nuestros hermanos. La actitud de vuelta del hijo menor es humilde, con disposición de entrar al

servicio, como jornalero de la casa. Y el ambiente que proclama el padre ante tal actitud es de jovialidad, alegría, banquete y fiesta.

Cabe pues preguntarnos ahora cuál es nuestra actitud. Primero frente al pecado personal: arrepentimiento verdadero, sin condiciones, actitud de reparación, poniéndonos al servicio, implorando misericordia. En segundo lugar nuestra actitud como hermanos mayores de la parábola, como cristianos/as implicados/as en la construcción del Reino: ¿cómo ponemos en práctica la corrección fraterna en nuestros grupos y comunidades, para procurar un mejor ambiente y vivir una continua fiesta de reconciliación? ¿Cómo llevamos a cabo la acogida que Dios padre/madre nos pide que tengamos ante quienes se acercan a nuestras comunidades queriendo vivir una experiencia de Dios, desde sus propias realidades particulares, sin condiciones, en paz y dignidad, como hijos/as suyos que son?



Comunidad El Levantazo
Valencia

Evangelio para niños

XXIV Domingo del tiempo ordinario - 15 de septiembre de 2013



Parábola de la oveja perdida

Lucas 15, 1-32

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos: - Ese acoge a los pecadores y come con ellos. Jesús les dijo esta parábola: - Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja a las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos para decirles: - ¡Felicidadme!, he encontrado la oveja que se me había perdido. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, reúne a las vecinas para decirles: - ¡Felicidadme!, he encontrado la moneda que se me había perdido. Os digo que la misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta.

Explicación

A Jesús le acusaron mucho sus paisanos de ser muy blando y acogedor con las personas pecadoras y de mala fama. Y él explicaba su comportamiento, poniendo ejemplos para hacerse entender. A un pastor se le perdió una oveja. Y cuando al final del día se dió cuenta, dejó todo el rebaño recogido y se marchó a buscarla. Y cuando la encontró se llenó de alegría, la puso sobre sus hombros y la devolvió al rebaño. La misma alegría hay en el cielo por alguna persona que estando perdida ha sido encontrada. Jesús dice que él ha venido para encontrar lo perdido.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Narrador: Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre:

Hijo menor: Padre, dame la parte que me toca de la fortuna.

Narrador: El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente

Niño 1: No entiendo la actitud de ese hijo. Se ha comportado como un mal hijo.

Narrador: Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.

Niño 2: Le está bien empleado por malgastar las cosas a destiempo.

Narrador: Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo:

Hijo menor: Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros.

Niño 1: Parece mentira... Como dice el refrán: "sólo no acordamos de santa Bárbara cuando truena".

Narrador: Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Hijo menor: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Padre: Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.

Narrador: Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo.

Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba.

Mozo: Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud.

Narrador: Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él enfadado le dijo a su padre:

Hijo mayor: Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado.

Padre: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández